



CERDÀ

castellano

Ildefons Cerdà (1815-1876)

De origen rural –nació en el Mas Cerdà de Centelles, a unos 50 km al norte de Barcelona–, fue el tercer hijo de una familia emprendedora que comerciaba con América. Desde joven mostró una mentalidad abierta y progresista, y en 1841 se licenció en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid, en la que predominaban las ideas liberales. Había recibido anteriormente la influencia de las ideas de Cabot y del mundo utópico de su *Voyage en Icarie* (1840) a través de su amistad con Narcís Monturiol, inventor del submarino *Ictíneo*. Como miembro del Cuerpo de Ingenieros recibió distintos destinos antes de establecerse en Barcelona (1848), donde se casó con Clotilde Bosch. A la muerte de sus hermanos heredó un patrimonio considerable que le permitió pedir la excedencia y consagrarse, a título privado, a los estudios urbanísticos así como a la política (fue diputado por Barcelona en las Cortes españolas, concejal de Barcelona, vicepresidente de la Diputación Provincial...). En 1876, después de una vida dedicada a la creación de una nueva ciudad, aún hoy modelo extraordinario de valor universal, murió de una dolencia cardíaca en Caldas de Besaya (Santander).

La Barcelona amurallada

El inicio de la industrialización provocó una fuerte inmigración que hizo insuficiente el núcleo urbano barcelonés, rodeado de murallas. La asfixia creciente y la degradación de la calidad de vida provocaron un movimiento de protesta. «Abajo las murallas!» fue el grito de guerra que recogió el gobernador Pascual Madoz, amigo de Cerdà y afín a su ideario, cuando ordenó su demolición (1854), muy bien recibida por la población. La vieja ciudad había llegado a una densidad alucinante (890 habitantes/hectárea frente a los 90 de Londres, los 350 de París y los 380 de Madrid), que se asfixiaba en edificios de seis pisos sobre un viario medieval con calles de 4 metros de promedio de ancho y en el que el Carrer Ampie ('calle ancha') no llegaba a los 8 metros.



La gestión del Proyecto del Ensanche ('L'Eixample')

Cerdà había recibido el encargo del Ministerio de Fomento de levantar el plano topográfico del llano de Barcelona, amplia superficie en la que estaba prohibido edificar por razones estratégicas. Paralelamente, y a iniciativa propia, redactó una *Monografía de la clase obrera* (1856), análisis estadístico completo y profundo sobre las condiciones de vida intramuros a partir de los aspectos sociales, económicos y alimentarios. El diagnóstico fue preciso: la ciudad era «mezquina» y no apta para «la nueva civilización», caracterizada por la aplicación de la energía del vapor a la industria y al transporte (terrestre y marítimo). Una nueva civilización que se debía definir, según Cerdà, por «la movilidad y la (tele)comunicatividad» (el telégrafo óptico era el otro invento relevante).

El cambio de paradigma necesitaba un nuevo tipo de ciudad y Cerdà empezó, sin encargo alguno, a estructurar su pensamiento, expuesto sistemáticamente muchos años después (1867) en su gran obra: *Teoría General de la Urbanización*. Uno de los rasgos más importantes de la propuesta de Cerdà, que le hace sobresalir en la historia del urbanismo, es la búsqueda de coherencia para contabilizar los requerimientos contradictorios de una



▲ Proyecto original de Reforma y Ensanche de Barcelona (1859)

▼ Perspectiva de la reelaboración del año 1863 del Proyecto de Ensanche de Barcelona del año 1859



aglomeración compleja. Supera las visiones parciales (ciudad utópica, cultural, monumental, racionalista...) y se entrega a la búsqueda de una ciudad integral.

El «Proyecto de Reforma y Ensanche de Barcelona» (1859)

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, los principios teóricos de la Revolución Francesa y los distintos movimientos utopistas dejaron sus huellas en el pensamiento de Cerdà. Los criterios y objetivos, explícitos o implícitos, del Proyecto para Barcelona rezuman humanismo por doquier y la igualdad, la libertad (la privacidad) y la cohesión social son los fundamentos esenciales de su praxis. La ciudad «igualitaria» (integralmente igualitaria) es en síntesis el objetivo buscado. Como lo es, también, el equilibrio entre los valores urbanos y las ventajas rurales. «Ruralizad lo que es urbano, urbanizad lo que es rural» es el mensaje lanzado al inicio de la *Teoría General*.

Dicho de otra manera, su propósito es dar prioridad al «contenido» (las personas) por encima del «continente» (las piedras o los jardines). La forma, tema tan obsesivo en la mayoría de planes, no es más que un instrumento de la máxima importancia, aunque a menudo decisivo en exceso y a veces prepotente. La magia de Cerdà consiste en engendrar la ciudad a partir de la vivienda. La intimidad del domicilio se considera una prioridad absoluta y, en un tiempo de familias numerosas (tres generaciones), hacer posible la libertad de todos los miembros se podría considerar utópico. Cerdà cree que la vivienda ideal es la aislada, la rural. Sin embargo, las enormes ventajas de la ciudad obligan a compactar, esencia del hecho urbano, y a diseñar una vivienda que permita su ensamblaje en un edificio plurifamiliar en altura, y disfrute, gracias a una cuidadosa distribución, de una doble ventilación a través de la calle y del patio interior de la manzana. La caricia del sol está asegurada en todos los casos.

La segunda gran aportación fue una clasificación primaria del territorio: las «vías» y los espacios «intervías». Las primeras constituyen el espacio público de la movilidad, del encuentro, del apoyo a las redes de servicios (agua, saneamiento, gas...), el arbolado (más de 100.000 árboles en la calle), la iluminación y el mobiliario urbano. Las «intervías» (sola, manzana, bloque o cuadrado) son los espacios (100x100 m) de la vida privada, en los que los edificios plurifamiliares se agrupan en dos hileras alrededor de un patio interior por el que todas las viviendas (sin excepción) reciben el sol, la luz natural, la ventilación y la *joie de vivre*, como pedían los movimientos higienistas.

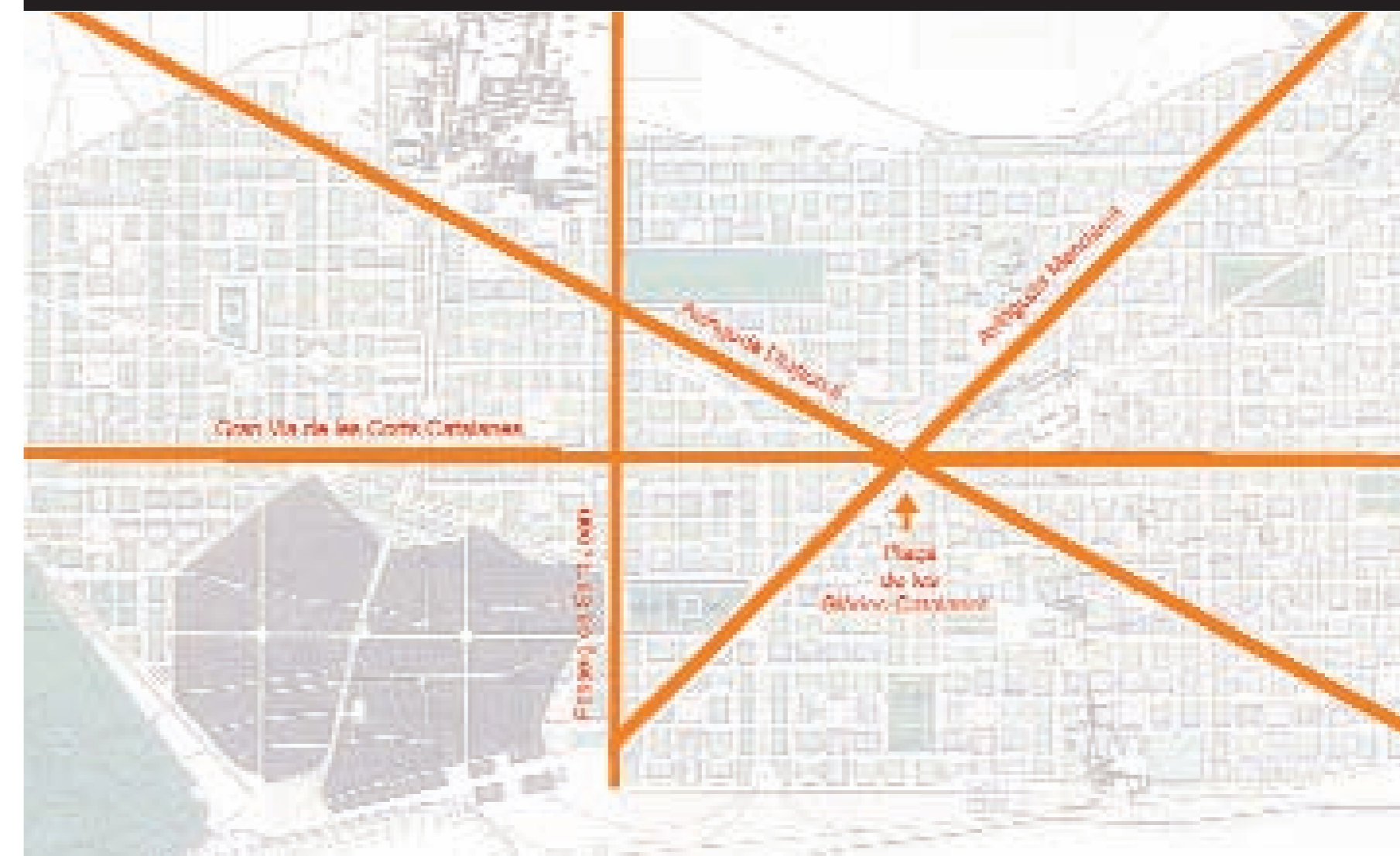
La vialidad se organiza en forma de red ortogonal y homogénea, como instrumento de una deseada ciudad igualitaria y funcionalmente eficiente. La retícula, rasgo identificador del Eixample, no la inventa Cerdà (aunque la racionaliza al margen de la especulación del suelo o de la falta de conocimientos de los colonizadores). Más que un error es una ofensa considerar la trama regular como la única o la más importante aportación de Cerdà. La red varía cohesiona, articula y hace homogénea a la ciudad. Es el soporte estable de unas edificaciones con variantes, con oscilaciones en altura y profundidad. El escritor catalán Josep Pla definió el Eixample «como un caos sobre un tablero de ajedrez». Es justamente en la interfase del caos y el orden donde surge y se mantiene la vida (y la libertad).

Sin entrar en detalles históricos, ante el 17% de espacio vial de la ciudad amurallada, en el Eixample se nos propone el 34% (cuarenta años antes de la invención del automóvil), con calles de una anchura mínima de 20 metros y «vías trascendentales» (Gran Vía, Diagonal y Meridiana),



▲ Vista aérea de la trama del Eixample en contacto con la Ciutat Vella

▼ Esquema ideal, a partir del proyecto original del Plan Cerdà, de las «vías trascendentales» que debían permitir la conexión de la ciudad con el exterior



CERDÀ

TURISME

Generalitat de Catalunya



que garantizan la conexión de Barcelona con la «vialidad universal» (140 años antes de la «globalización»). Más interesante y sorprendente es el reparto a partes iguales del espacio de la calle entre peatones (dos aceras de 5 metros) y carruajes (calzada de 10 m). Para facilitar los distintos movimientos en los cruces se dobla la superficie vial mediante unos «chalfanes» generosos que recorran las manzanas cuadradas y las convierten en octogonales. Mil doscientos cruces similares a plazas permiten hoy las operaciones de carga y descarga sin interferir la fluidez del tránsito.

El ferrocarril llega soterrado al centro de la ciudad y conecta las estaciones entre sí y con el puerto. Fue, de hecho, el detonante de la idea de un gran ensanche (seis veces la ciudad antigua) para responder al reto de un crecimiento previsible impulsado por la industria y hecho posible por el transporte mecanizado.

Para completar la configuración igualitaria de la ciudad y el carácter humanista de la propuesta, se reparten homogéneamente por el territorio los equipamientos (hospitales, escuelas, mercados, iglesias...), las plazas y las zonas verdes, con dos grandes parques en los extremos y un parque urbano en cada «distrito» (formado por 10x10 islas).

Como aportación decisiva a la aplicación del Proyecto, Cerdà propuso (y después impulsó personalmente) las bases jurídicas y económicas que, mediante la técnica alemana de la parcelación, permitieron financiar el Plan y transformar en parcelas urbanas las propiedades del parcelario rural aleatorio y los caminos de la historia en una trama regular de calles que aún hoy es altamente eficiente para peatones y automóviles.

De las críticas a los obstáculos y al reconocimiento final

El primer obstáculo surgió por una cuestión de competencias. El plan comprendía cinco municipios y no lo podía aprobar el ayuntamiento de Barcelona. Según la legislación de la época, el trámite correspondía al gobierno central. El ayuntamiento reaccionó contra lo que consideraba una intrusión política y convocó un concurso al mismo año, 1859, de la aprobación inicial del Plan desde Madrid. El ámbito, mucho más pequeño, coincidía con los límites del término municipal de Barcelona. El proyecto ganador, de Antoni Rovira Trias, era en todos los sentidos mucho menos ambicioso e innovador que el Plan Cerdà. En 1860, el gobierno central, sin embargo, se ratificó en su postura y aprobó definitivamente el Plan, con unas prescripciones que el mismo Cerdà incorporó (1863) al proyecto primitivo.

Las críticas más duras provenían de la forma, sin atención alguna a sus aspectos sociales y funcionales. Durante muchos años (y todavía en nuestros días), se acusaba al Plan de «monótono». Cerdà respondía argumentando que la diversidad y la forma correspondían a los arquitectos. En este sentido, podemos decir que la mejor arquitectura (sobre todo el estallido del Modernismo) se encuentra en el Eixample, con obras tan relevantes como la Pedrera, la Sagrada Família o la Casa Batlló de Antoni Gaudí (declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO), la Fundación Antoni Tàpies de Domènech i Montaner o la Casa de les Punxes y la Casa Amatller de Puig i Cadafalch.

La aplicación del Plan fue lenta y difícil, en medio de una hostilidad evidente. Los propietarios del suelo consideraban excesivamente generosa la superficie dedicada a los espacios de interés colectivo. Urbanizar en un territorio deshabitado suponía unas cargas económicas que no querían asumir. Comenzó una batalla, con Cerdà al frente, contra las modificaciones que se pretendían. De manera menos visible, a través de las ordenanzas



y sin afectar los planos, se extendió la posibilidad de cerrar todas las manzanas, aunque conservando como espacio verde el patio interior, que más adelante se permitió edificar en planta baja, respetando los «agujeros» interiores (50x50 metros) que todavía hoy constituyen 1.200 plazas invisibles que dan luz y ventilación a las viviendas. Durante un siglo, lenta pero progresivamente, posteriores degradaciones aumentaron la edificabilidad autorizada inicialmente, que llegó a multiplicarse por 10.

La recuperación

La recuperación se inició en la década de los setenta del siglo XX, primero con la supresión legal de los sobretechos y después, de manera más radical con la aprobación del Plan General Metropolitano (1976), aun vigente, que rebaja la edificabilidad de 10 a 6 veces la inicial de Cerdà, recupera muchos espacios de interés colectivo y reduce significativamente la densidad urbana legalmente posible.

Como enseña la semiótica, el Eixample Cerdà envía mensajes subliminarios capaces de modelar una sociedad catalana más cohesionada, más igualitaria y con más empuje para competir con las grandes capitales estatales. La Exposición Universal de 1888, la Exposición Internacional de 1929, los Juegos Olímpicos de verano de 1992 y otros acontecimientos colocan a Barcelona en el mapa y provocan una atracción creciente de visitantes que, al margen de contemplar las nuevas actuaciones, descubren el Eixample como una ciudad con menos contradicciones y más calidad de vida que muchas otras que tienen más monumentos o mayor riqueza.

¿Qué hay que ver en el Eixample?

La cuadrícula no hay que mirarla, se ve espontáneamente. Sin embargo, desde el punto de vista urbanístico, conviene dedicar una atención especial al equilibrio peatones-automóviles; las aceras generosas en arboles; los trazados en retícula de calles de dirección única; las grandes avenidas «trascendentales»; los paseos, las ramblas y los «chalfanes» para la carga y descarga sin interferir «la continuidad del movimiento» y facilitando la visibilidad; las plazas; los parques; y fachadas distintas con sus balcones; las puertas, a menudo con un diseño extraordinario, en el centro del edificio, entre las tiendas de la planta baja; las vistas aéreas desde la montaña de Montjuïc, el Tibidabo o alguno de los «edificios singulares» (de hecho Barcelona casi no tiene rascacielos que hayan llevado las oscilaciones de la edificabilidad a límites extremos). De manera especial, conviene visitar las plazas «invisibles», los patios interiores de manzana ya recuperados, que se van convirtiendo en espacios colectivos a los que no llegan los ruidos de la movilidad mecanizada.

© Generalitat de Catalunya
Turisme de Catalunya
Departament de Comerç, Turisme i Consum
Realització: Servei d'Informació, Idiomes i Publicacions
Text: Albert Serra, comissari de la exposició
«Cerdà. Urbs i territori»
Diseño gráfico: Francesc Guitart – EIX
Fotografías: Francesc Guitart, Pere Vivas – Triangle Postals, TAVISA, Institut d'Estudis Territorials

Agradecemos a Eliana Vieira y al Institut d'Estudis Territorials (www.ietcat.org - Cerdà) su eficaz colaboración

Impreso en Gráficas Cuscó, S.A. D.L.: B-51340-2004
Printed in EU

Bibliografía
AUTORES DIVERSOS, *Cerdà. Urbs i Territori* [catálogo de exposición], Editorial Eiceta España, Madrid 1994 (versiones en catalán, castellano e inglés)
SERRA, Albert, *et alii., Semiótica de l'Eixample Cerdà*, Editorial Proa, Barcelona 1999.
SERRA Y PUIG, Arturo [compilador], *Cerdà. Las cinco bases de la Teoría General de la Urbanización*, Sociedad Editorial Eiceta España, Madrid 1996. (versiones en castellano e inglés)
www.proeixample.com



1 El mercado de Sant Antoni (1882), obra de Rovira i Trias ocupa, con su característica estructura de hierro, toda una isla del Eixample. Los domingos se convierte en un mercado de libros, postales y discos antiguos.

2 Los jardines de la Torre de les Aigües, presididos por un interesante depósito, obra de J.O. Mestres (1897), han sido uno de los primeros interiores de manzana del Eixample recuperados para uso público (1985).

3 La Casa Elizalde es un activo centro cívico y cultural que ocupa, además de un bello palacete modernista de Emili Sala (1888), un amplio y característico patio interior, también recuperado.

4 Una de las casas Cerdà (nombre que no está relacionado con Ildefonso Cerdà), las primeras construidas en el Eixample (1862-1864), obra del maestro de obras Antoni Valls y Galí, restaurada y convertida en hotel.

5 La Casa Terrades, o «Casa de les Punxes», singular edificio modernista de aire medievalizante (1905), obra de Puig i Cadafalch, aprovecha una de las islas irregulares determinadas por el trazado de la Diagonal.

6 El Hospital de Sant Pau, conjunto hospitalario en pabellones, la obra más importante de Domènech i Montaner, iniciada en 1902 en los límites del Eixample, no obedece a la orientación general del Plan Cerdà.

7 La Casa Milà, llamada «La Pedrera», obra emblemática de Gaudí, hoy centro cultural dedicado a la obra del gran arquitecto, aprovecha al máximo las características de los chalfanes.

8 El pasaje Fernanyer, que divide en dos mitades una de las islas del Eixample, conserva las casas unifamiliares originales con un pequeño jardín delante, un ejemplo repetido en otras partes del Eixample que rompe la planificación de Cerdà.

9 La Universidad de Barcelona, obra de Elies Rogent (1863-1869), ocupa la superficie de dos manzanas y dispone de unos bellos jardines, hoy abiertos al público.

10 Uno de los chalfanes del Eixample (calles de València y de Lúria), que facilitan la carga y descarga de mercancías sin impedir la circulación.

11 La llamada «manzana de la Discordia», en el Passeig de Gràcia, una de las vías más vitales y animadas del Eixample, reúne obras de Domènech i Montaner (Casa Lleó Morera), Puig i Cadafalch (Casa Amatller) y Gaudí (Casa Batlló).

12 Vista aérea de una manifestación cívica en la confluencia del Passeig de Gràcia con la Diagonal. La amplitud del paseo permite reunir a miles de personas. El Palau Robert, Centro de Información de Cataluña, es un antiguo palacete (1903) con bellos jardines.

13 El Passeig de Gràcia, una de las principales avenidas del Eixample, que ya antes de 1859 unía la ciudad con la villa de Gràcia, atrajo muy pronto los principales lugares de recreo de Barcelona y reúne las mejores muestras del modernismo catalán.

14 La Avinguda Diagonal fue concebida como uno de los ejes de conexión entre la Ciutat Vella, el Eixample y los antiguos pueblos vecinos de Barcelona, y también como espacioso paseo ciudadano, una de las arterias principales de la ciudad.

15 Passeig de Sant Joan, una de las vías singulares del Eixample que une el Parc de la Ciutadella y el Arc de Triomf con la antigua villa de Gràcia.

16 Avinguda Gaudí, vía que rompe la cuadrícula del Eixample y une la Sagrada Família con el Hospital de Sant Pau.

17 La Avinguda Diagonal, diagonal a la trama ortogonal del Eixample, es un vestigio del antiguo camino de la Barcelona antigua a Hostafrancs, cerca del Paral·lel y de la Plaça de Espanya.

18 La Avinguda de Roma, derivación de la calle de Aragó, cubre la línea de ferrocarril que atravesaba el Eixample al aire libre hasta la segunda mitad del siglo XX.

19 La inacabada Plaça de les Glòries Catalanes, en la confluencia de la Diagonal, la Meridiana y la Gran Vía de les Cortes Catalanes, debía definir, según el Plan Cerdà, la nueva centralidad de Barcelona.

20 La Plaça de Letamendi, en el cruce de las calles de Aragó y de Enric Granados, es una de las plazas singulares previstas por Cerdà.

21 El Parc de Joan Miró –presidido por una escultura de este artista– o Parc de l'Escorxador, ocupa las cuatro manzanas del Eixample donde se ubicaba el antiguo matadero municipal.

22 La Avinguda Josep Tarradellas, en un extremo del Eixample, une la Plaça Francesc Macià con la Plaça dels Països Catalans y la estación ferroviaria de Sants.

23 La Sagrada Família, templo expiatorio todavía en construcción, es la obra más conocida de Gaudí, auténtico símbolo de Barcelona, entre dos plazas que ocupan el espacio de dos manzanas del Eixample.

24 La Escuela Industrial, antigua fábrica textil del Vapor Batlló, convertida por Rubió i Bellver en escuela de oficios industriales, ocupa dos islas del Eixample.

25 Obras de Domènech i Estepà, el Hospital Clínico (1904) y la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona ocupan dos manzanas del Eixample.

26 El Seminario Conciliar de la diócesis de Barcelona, obra de Elies Rogent (1888), ha abierto recientemente sus jardines a la ciudad.

27 El Mercado de la Concepció, el más antiguo del Eixample, característica construcción de hierro totalmente remodelada en 1998.

28 La antigua Estación del Norte, obra de Pere Andrés (1864) muy reformada posteriormente y clausurada en 1972, se ha convertido en estación de autobuses al lado de unos bellos jardines proyectados por Enric Tous y Josep M. Fargas.

29 Jardines de Montserrat Roig, urbanizados a partir de 1992 en el solar desocupado por la planta embotelladora y distribuidora de la empresa cervecera Damm.

30 Jardines del Rector Oliveras, al lado de la iglesia gótica de la Concepció, trasladada piedra a piedra desde la ciudad antigua al Eixample en ocasión de la apertura de la Vía Laietana.